

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

4-2-1971

Separata del libro:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”

LA PROMESA DE LA NUEVA ALIANZA

Luz de infinitos resplandores

¡Oh Sabiduría del Inmenso Poder, que trasciendes el entender del hombre a distancia infinita, y que muestras, con un querer de tu voluntad, los prodigios más insospechados para nuestra mente acostumbrada al egoísmo y a la pequeñez de nuestro ser y actuar...!; ¡Sabiduría infinita, que esplendorosamente descubres la infinitud de tu amor en promesas eternas de donación y entrega...!

¡Oh Esplendidez espléndida de la Luz increada, que avasallas con el soplo de tu boca la oscuridad de las tinieblas, y que muestras, en resplandores de luz eterna, los resplandecientes soles de tu infinita sabiduría...! Cuando tu luz invade mi ser con un destello de tus infinitas pupilas, mi pobre alma cae adorante en tierra, en un éxtasis de

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.
I.S.B.N.: 84-86724-01-5
Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA
MADRID – 28006 ROMA – 00149
C/. Velázquez, 88 Via Vigna due Torri, 90
Tel. 91. 435 41 45 Tel. 06.551 46 44
E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

rendición total que, delirante de amor, me hace rebosar en resplandores refulgentes de amorosa sabiduría.

¡Qué impotencia la de mi lengua creada, para expresar lo que mi ser concibe del misterio de Dios con nosotros...! ¡Palabra infinita de la eterna Sabiduría, dame en este día, el romper yo en palabra y decir algo, en balbuceo creado y pequeñito, de lo que mi alma ha entendido de tu misterio!

¡Oh impotencia de mi limitado expresar, que no sabe romper el secreto que encierro, que no me deja exponer la hondura trascendente de lo que concibo, y que me tiene luchando ante la luz del Eterno Sol, que, iluminando mi ser, me impulsa a expresar, como pueda, lo que entiendo...! Y mi mente, cada vez más clarificada al ir penetrando minuto a minuto más profundamente en el misterio de la Alianza de Dios con el hombre, se siente cada vez más impotente para decir este misterio indecible de donación inmensa que el Infinito obró entre Él y su criatura.

Hoy, el impulso del Eterno, en la fuerza abrasadora del Espíritu Santo, haciendo brotar abundantes ráfagas de luz, que repletan mi mente, impele irresistiblemente mi corazón para que, rompiendo en palabra, exprese como pueda la filigrana del Creador hacia la criatura, en romance de amor.

Hoy bullen, en la hondura de mi ser, resplandores del Infinito Sol, que, refulgentes de luz,

clarifican mi entendimiento para comprender, en mi limitado entender, la hondura trascendente de los planes de Dios en comunicación hacia el hombre.

¡Si yo fuera poesía y pudiera descifrar el misterio que Dios vive en la hondura trascendente de su eterna caridad...!

¡Si yo fuera poesía para poder exponer la donación infinita del Infinito Poder...!

Pero soy pobre y no puedo expresar, en mi expresar, el misterio que concibo de infinita caridad.

Hoy mi corazón se agita y me palpita en el pecho ante la luz infinita del Infinito Misterio.

*Magnificencia y esplendidez
de la creación del hombre*

Dios creó al hombre mirándose en lo que a Él le hace ser Dios. Le creó, en el impulso de su amor infinito, para que entrara en el banquete esplendoroso de su festín eterno, y participara, en intimidad de familia y comunicación de hogar, en la dicha trascendente y gloriosa de su mismo festín.

Dios creó al hombre para que fuera Dios por participación en la compañía hogareña de su Trinidad infinita; para que conociera su ser eterno con la misma luz de su infinita sabiduría; y para que, siendo palabra en la Expresión eterna de sus

infinitas perfecciones, deletreara con el Verbo el concierto infinito que, en un *reventón* de plenitud, de vida, de perfección, de riqueza, de belleza, de hermosura, Él se es de por sí en el señorío infinito de su serse Palabra. Le creó para que, entrando en el gozo de su eterna perfección, se engolfara en las llamas refrigerantes del Espíritu Santo, e, impulsado en su caridad e impelido en su fuego, delirante y saturado de amor, entrara en la hondura repleta y eterna de la vida infinita.

Dios creó al hombre... Dios creó al hombre... ¡Oh, cómo creó Dios al hombre...! Tan maravilloso, tan grande, tan esplendoroso, que le dio la posibilidad de poseerle con el gozo que Dios mismo se goza en sí, de saborearle con la Sabiduría con que Él mismo se contempla, de expresarle con su misma Palabra y amarle con el fuego letificante del mismo Espíritu Santo, teniendo por participación lo que Dios tiene por naturaleza.

¡Oh, cómo creó Dios al hombre...! Mi mente se pierde ante la consideración avasalladora de esta realidad.

Pero el hombre, en una locura imperdonable, en una insensatez incomprensible y en una inconsecuencia total, volviéndose contra Dios que le había “hecho a su imagen y semejanza”, que le había dado sus dones, sus riquezas y sus promesas, que le había creado mirándose en lo que a Él le hace ser Dios y que le había dado

posibilidad de “entrar en su mismo gozo”, en su misma felicidad y en la comunicación dichosísima de su mismo festín, le dice que “no”.

Ese hombre, que era la manifestación del derramamiento esplendoroso del poder de Dios al crearle, ¡se rebela contra su Creador...!

¡Oh Señor...! ¡Pero si te veo lleno de majestad y hermosura...! ¡Pero si te veo en tu ser subsistente de por ti, majestuoso e infinito, siéndote lo que te eres, en plenitud repleta y saturación total, sin necesitar nada que no seas Tú en ti, por ti y para ti...!

¡Oh Señor...! ¡Oh Señor...! ¡Si te contemplo diciéndote a ti mismo por el Verbo, en un decir sin palabras, en un expresar sin conceptos, en un deletrear sin letras y en una expresión que es estártelo siendo en sabiduría de expresión amorosa e infinita: “Yo soy el que me soy” de por mí! Y me lo soy siéndome en la plenitud plena de mi potencialidad absoluta, sin nada ni nadie que me dé, ni que me quite, ni que me ponga.

¡Oh Señor...! Y veo que, mirándote en lo que te eres, creas criaturas que, por ti, sean a imagen de tu serte infinito; no sólo para que sean por participación lo que Tú eres, sino para que, gozando en lo que eres y por lo que lo eres, vivan de tu misma felicidad en la compañía de tu Hogar infinito...

¡Oh Señor...! ¡Perdona, pero, por más que me esfuerzo, en mi pobrecita mente no puede entrar

tanto; en mi pequeñito entendimiento no cabe el delirio de tu amor hacia el hombre al crearle!

El “no” del hombre a su Creador

¡Oh...! Y a esa criatura que Tú hiciste mirándote en lo que eres y a imagen de tu serte Dios, le dices, –en un decir que tampoco es decir, porque Tú no necesitas hablar para comunicar tu pensamiento–: Mira lo que soy y mira lo que he hecho contigo para que seas de por mí; reconócelo, que en ello está tu gozo y tu suma felicidad.

Y, lleno de ternura y de amor, el corazón infinito del Padre espera la respuesta del hombre. Espera una respuesta repleta de cariño, impregnada de agradecimiento; una respuesta que sea una entrega de correspondencia a su don.

Pero el hombre mira a Dios, se mira a sí mismo. Y al verse tan Dios por participación, tan hermoso, conecedor del Bien y de la Perfección suma, lleno de sus dones eternos, saturado de la luz y de la sabiduría del Infinito, preparado para entrar en los eternos goces de la misma Trinidad; al mirarse así como es de por Dios, perdió la cuenta y, en su insensatez e incomprendibilidad, creyéndose poderoso de por sí, le dice: “No te serviré!”.

Y, en ese mismo instante, se obra en él una transformación tal, que el que había sido creado para poseer el Bien infinito, sintiéndose poseído y

esclavizado por el mal, se encuentra con una nueva y amarga sabiduría que le repleta y satura hasta la médula de su ser, y que envuelve todos sus pensamientos, todas sus inclinaciones, llenándole todas sus capacidades.

¡Oh terribilidad de la soberbia del hombre, que le ha hecho comprender, palpar, saborear y poseer, en una posesión de adhesión total, la ciencia para él desconocida por la magnificencia y santidad que Dios, al crearle, había derramado sobre él! Y su mente, acostumbrada y creada para la posesión del Infinito, se encuentra saturada de la ciencia del mal, que, penetrándole en la médula de su ser, le hace saborear, en un saboreo de putrefacción pecaminosa, la sabiduría del apartamiento de Dios y sus consecuencias.

El hombre, tras la experiencia y el saber de su nueva ciencia, vuelve a mirar a Dios y no lo ve, porque se ha quedado ciego y sin la luz esplendorosa de la sabiduría que poseía, estando su entendimiento en la oscuridad del pecado que no le deja ver a su Creador. Le ha perdido ¡y para siempre!

¡El hombre no tiene solución...! Aquella alianza que Dios hizo con él al crearle, llena de promesas, ha quedado rota por su “no” voluntario.

¡Oh terribilidad terrible del pecado, que deja al hombre sin razón de ser frente al Bien único para el cual ha sido creado...! ¡Oh insensatez de la mente humana que, cuando Dios le enseña lo que es Él de por sí, y después le muestra lo que

es el hombre por Dios, al pedirle que reconozca cómo Dios es de por sí y cómo el hombre es de por Dios, en su desvarío dice, ante la claridad absoluta de la verdad: “¡No quiero!”!

¡Qué tinieblas en el alma del hombre! ¡En qué situación le puso su “no” voluntario y recopilador del pensamiento de todos los demás hombres! ¡Qué realidad tan desoladora, que dejó a la criatura, hecha para poseer al mismo Infinito, sin razón de ser! ¡Qué angustia la de su corazón, qué penumbra la de su vida!

Se vuelve hacia Dios y le ha perdido! Se mira a sí mismo, y no sabe siquiera su razón de ser, ni el porqué ni el para qué de su existir. Está en el mundo, sin sentido. Separado de la ciencia infinita del Bien, nada sabe. Sólo la ciencia del mal, incrustándose en él, le lleva a arrastrarse por el fango de su propia corrupción, en busca de un placer que llene las exigencias torturantes y resacas de las capacidades casi infinitas de su alma y las apetencias más hondas de su corazón, creado sólo para saciarse con las repleturas de las perfecciones infinitas.

¡Oh situación terrible la del hombre, creado para adentrarse en el serse del Ser y poseerle en la saturación sabrosísima de su misma felicidad...!

*El amor infinito
de la Eterna Misericordia*

Pero Dios se mira a sí. Se ve en la esplendidez de su plenitud, en la saturación de su subsistencia

infinita, lleno por la sabiduría de su poder; y, en un acto de adhesión a sí mismo en su plan eterno, movido a compasión, se inclina de nuevo hacia la criatura que Él había hecho con tanto cariño y derramamiento de su amor infinito.

Sí, Dios mira nuevamente a su creación, a la manifestación en creación de su amor eterno, y está rota, como un vaso de cristal caído al suelo. ¡Está hecha trozos y sin solución! Así como un cántaro roto jamás podría de por sí volver a ser lo que fue, por mucho que sus trozos intentasen pegarse entre ellos, así la creación del hombre ha sido despedazada sin remedio. ¡Pobre hombre! ¡A dónde le llevó su deseo de ser como Dios, de ser conocedor de la ciencia del mal para él desconocida!

El hombre mira a Dios, desde la postración de su propio fracaso, al haberse rebelado contra Él. Quiere componerse a sí mismo en un esfuerzo de su poder limitado, intenta ocultarse para no presentarse hecho trozos ante el Creador, y experimenta la limitación y pobreza de su ser que no es capaz por sí solo de realizar el más mínimo movimiento de recuperación. Está destrozado y para siempre! Se encuentra postrado sin tener quien le levante; se ve deshecho sin poderse rehacer. Y la situación en que se halla es tan terriblemente humillante, que no es capaz siquiera de levantar su corazón a Dios para pedirle misericordia. La ciencia del mal le dejó tan empobrecido y entenebrecido, que, por más que

busque el Bien perdido, la ceguera de su situación no le dejará descubrir el amor infinito de la Eterna Misericordia. ¡Hasta de mirarse a sí mismo se encuentra avergonzado...! Está roto, destrozado, sin razón de ser, porque, en su insensatez, al querer ser como Dios, no sólo conociendo la ciencia del Bien sino, queriendo poseer en contra de la voluntad divina la ciencia del mal, con su “no” rompe los planes del Creador y se destroza a sí mismo, dejando sin sentido hasta la misma creación.

Pero a Dios, al mirar al hombre en la situación en que se encuentra, se le mueven las honduras de sus entrañas en compasión, se le remueve la médula de su ser infinito, se siente estremecer en el amor del Espíritu Santo. Las tres divinas Personas, mirándose entre sí, hubieran roto a llorar –si en Dios cupiera, que no cabe–, ante la catástrofe en que el hombre está envuelto. ¡Aquella criatura que con ternura infinita fue creada por su mano omnipotente; aquella que, llena de los dones del Espíritu Santo, era capaz de ser, por participación, lo que Él mismo era; la criatura en la que Él había ido poniendo los reflejos de su serse sabiduría, de su serse Padre, de su serse Amor candente en las llamas del Espíritu Santo...!

Y fue ¡tanto, tanto, tanto! el destrozamiento del hombre ante Dios que no puede llorar, que, para poder llorar, Dios se hace Hombre. ¡Porque había que llorar, como fuera, ante aquella respuesta de la criatura a su Creador!

Y Dios, a pesar de no poder realizar en sí, por la plenitud de su ser y la grandeza de su subsistencia, la necesidad de padecer y llorar por la situación escalofriante en que el hombre se encontraba, inventó, de una manera maravillosa, el modo de poder realizar aquello que el “no” de la criatura clamaba ante la rotura de los planes eternos.

Al mirar Dios a sus pies hecha trozos a la criatura que con tanto cariño Él había tenido entre sus brazos y había acariciado y sostenido en su regazo; a esa criatura que, no queriendo someterse, al soltarse, en un esfuerzo de soberbia, de sus manos, cayó al suelo y se rompió, y que, al mirarse destrozada, desde su postración levanta su cabeza al Creador y no le encuentra por ninguna parte; al mirar a esa criatura que quisiera clamar pidiendo compasión al Infinito, pero que no puede porque su garganta está cascada y no tiene palabras, que quisiera... que quisiera... ¡y no puede!, porque, de lo que era, sólo quedan unos trozos, un pingajo, y ante esa postración, se hunde en la amargura de su desolación para siempre; al mirar así al hombre, las tres divinas Personas en reunión de Familia y en intimidad de Hogar, recapacitan entre sí:

– ¿Qué hacer con el hombre? ¿Cómo solucionar su problema? ¿Cómo restablecerle de nuevo? ¿Cómo unir nuevamente a la criatura con su Creador? ¿Para qué hacer otro hombre que volverá a romperse? ¿Para qué otra criatura que siempre diga que “no”? Los ángeles..., los hombres...

Y ¡oh misterio...!, en el Consejo Infinito se determina algo insospechado; se obra algo tan incomprensible, tan inimaginable, tan incalculable, tan extraño y tan eterno, que sólo a Dios se le puede ocurrir porque sólo Él lo puede realizar: el Padre, en una manifestación infinita de señorío, de plenitud, le dice a su Hijo, movido por el amor del Espíritu Santo:

– Tú serás el Hombre, Tú serás la Nueva Creación.

– ¡Pero si Yo no puedo porque soy Dios...! (si en Dios cupiera no poder algo), dice el Verbo. ¿Cómo podré ser Hombre si soy Dios...? Aunque sé que todo lo puedo por el poder que Tú tienes y el poder que Yo tengo de por ti, en ti y en mí. Pero, como lo que quieres quiero y lo que puedes puedo, Yo seré Hombre, Yo seré criatura, Yo seré creación. Y lo seré porque el Amor que Tú me tienes y Yo te tengo, ¡oh Padre!, nos impulsa a que la creación que salió de tus manos como reflejo de tu perfección, que es la mía y que Yo expreso, no quede de esta manera; no puede quedar así porque tu Amor y mi Amor infinito nos pide una regeneración.

*Dios se hace Promesa
y Alianza en María*

Dios va a realizar su Alianza con el hombre e inventa una manera, dentro de su infinita sabiduría, que casi no cabe en la posibilidad del Infi-

nito. Porque Dios sólo puede ser Dios y el hombre sólo puede ser hombre. Y la manifestación de la sabiduría y poder infinitos consiste en que Dios, sin dejar de ser Dios, sea Hombre, y el Hombre, sin dejar de ser hombre, sea Dios, obrándose todo esto mediante el misterio de la Encarnación en las entrañas de aquella criatura que el mismo padre, movido en el amor infinito del Espíritu Santo, crea para ser Madre de su Hijo Encarnado.

¡Oh...! ¿Quién podrá comprender el amor de Dios para con el hombre, que, para que no falte nada a la manifestación de su ternura hacia él, le da una Madre que sea capaz de entregarle al Unigénito del Padre con corazón maternal y amor de Espíritu Santo! Y esta maternidad es tan maravillosa, que es Maternidad divina, porque es el mismo Dios quien en el seno de María se hace hombre.

Es la Virgen tan Señora, de tanta maternidad, que es Madre del Infinito, ¡quién lo llegara a soñar...!

¡Dios que se encarna en su seno para, en él, realizar el misterio trascendente que nadie pudo pensar! ¡Dios que, siendo Dios, es Hombre, sin cambiar en su Deidad, y el Hombre que Dios se hace sin dejar de ser mortal...! ¡Misterio de los misterios, lleno de Divinidad...!

La Virgen que rompe en Madre sin romper virginidad. Mientras más Virgen más Madre, de tanta maternidad, que es Maternidad divina fruto de virginidad.

¡Oh qué misterio tan grande...! ¿Quién lo podrá contemplar sin que su mente lo empañe al no poderlo abarcar, al no entender su excelencia por su gran grandiosidad...?

¡Tengo una Madre tan Virgen, que es toda maternidad...!

Y por el misterio de la Encarnación, y en el seno de María, Dios crea a una criatura tan para sí, que nunca se separará de sus manos ni se podrá romper, porque esta criatura humana será Dios.

¡Ya no hay poder que rompa al Hombre! ¡Ya el Hombre no se puede romper a sí mismo, pues no puede querer más que lo que Dios quiere, porque es Dios! ¿Quién podrá separar la humanidad de Cristo de la Persona del Verbo? ¿Quién podrá separar a la Divinidad de la humanidad, si la humanidad no tiene más persona que la divina, que el Sí eterno del Padre, como contestación y respuesta de la criatura a su Creador?

¡Oh misterio de los misterios! Dios ha hecho una alianza con el hombre tan eterna como infinita, tan perfecta como Él mismo, porque Él mismo en sí es la Alianza.

Ya está Jesucristo, que es Dios y es Hombre, que es el Cielo y es la tierra, que es la Divinidad y la Humanidad, que es la Riqueza, que es el Sí infinito a la manifestación infinita de la voluntad creadora de Dios. ¡Quien pueda romper a Cristo, romperá la Alianza de Dios con el hombre! ¡Quien pueda romper a Cristo, destruirá la Promesa de la Nueva Alianza!

El sello de la Nueva Alianza

Y ¡oh malicia terrible del hombre, de la criatura contra el Creador, que, para poder romper la Alianza de la Nueva Promesa, mató a Cristo! Mas éste fue el Sacrificio que hizo perpetuas las promesas de la Nueva Alianza, y el medio de la restauración. Porque, con la muerte de Cristo, fue sepultado el pecado y surgió un Hombre nuevo, incorruptible, un Hombre glorioso, sin las ataduras de la corrupción y sin las consecuencias del pecado.

Y así, la Promesa de la Nueva Alianza es tan esplendorosa, que Cristo, naciendo en un pesebre, padeciendo hambre y sed, sufriendo el frío de la ingratitud de los hombres, recopilando en sí todas las consecuencias del pecado –sin ser pecado– por los pecadores, hizo que aquel destrozo de criatura caído a los pies del Creador, al “ser levantado en alto”, como muestra de destrucción y como consecuencia del “no” a Dios, representara también y manifestara a los hombres hasta dónde el “no” del mismo hombre era capaz de llevar al Autor de la vida: “Cuando Yo sea levantado en alto, todo lo atraeré a mí”.

Cristo, en la cruz, sintió las consecuencias del pecado, experimentó en sí el desamparo en que el pecado había dejado al hombre frente a Dios, y se sintió abandonado del Padre. Y cuando ya lo había atraído todo hacia Él y había restaurado paso a paso a aquel hombre roto, cuando había sufrido en sí las consecuencias del “no” de la

criatura al Creador y había respondido a Dios llorando, según la Infinita Santidad se merecía, terminó con él: “Todo está consumado”.

Y el hombre pecador, ante Cristo llagado, ante el Autor de la vida crucificado y muerto en su humanidad, ante el triunfo aparente de su propia maldad, se regocijó porque creyó que nuevamente había podido romper la Promesa de la Nueva Alianza, sin saber que el fruto de aquella destrucción era el principio de la restauración y de la glorificación del hombre frente a su Creador.

Y resucitó Cristo realizando en sí lo que Dios había realizado en el hombre; resucitó un Hombre glorioso, impassible, siendo Él mismo la realización terminada de la Promesa de Dios a su Pueblo en la Nueva Alianza.

Dios, cuando obra, lo hace como Dios; y como en Él el querer es obrar, cuando quiere hacer una alianza irrompible con su pueblo, Él mismo es la Alianza. Pero, como el Dicho de Dios es el Verbo, al decir Dios a los hombres su palabra de alianza eterna, la dice haciéndose Hombre y siendo Él mismo en sí la Palabra y la Alianza en perpetuación eterna. Y por eso, Él encierra en sí la plenitud del sacerdocio; porque el sacerdote es el que une a Dios con el hombre, el realizador de la Nueva Alianza. Este sacerdote en plenitud es Cristo.

¡Señor! Pero... ¿qué me estás diciendo...? ¿Que Tú y yo eternamente estaremos unidos...? ¿De qué modo me estás prometiendo mi unión contigo...! ¿De qué manera estás afianzando tu promesa en

tu palabra! ¿Qué harás para que tu palabra sea realidad y tu promesa cumplida...?

¡Oh misterio de los misterios!: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”. ¡Ya se cumplió tu promesa...! ¡Ya se realizó tu palabra en una palabra tan palabra y en un dicho tan irrompible, que Tú mismo eres la Palabra, la Promesa, la Alianza del Nuevo Testamento; que Tú mismo eres en ti la unión de Dios con el hombre, siendo Tú en ti la criatura y el Creador!

¡Oh...! Mi mente hoy desvaría. Mi palpar se agita ante la Promesa eterna de Dios, que se comunica sin ruido de palabras, de conceptos, en Explicación divina...

¡Oh...! Mi mente se pierde ante la Promesa eterna que Dios en sí realiza. ¿Quién podrá romper a Dios en su Promesa divina? ¿Quién podrá volverse hacia el Creador para romper su Promesa? ¡Ni los infiernos con su terrible malicia...!

¡Si yo pudiera decir esta fuerza que palpita en el fondo de mi pecho, esto que siente mi ser que yo quisiera expresar...! ¡Si yo pudiera escribir lo que concibe mi entendimiento a la luz del Eterno, al ver cómo se afianza la Promesa de la Alianza con su Pueblo...!

*Promesa y Alianza perpetuas
en realización constante*

¡Oh la Alianza del Nuevo Testamento...! ¡Alianza perpetua que continúa en la eternidad por

todos los tiempos...! ¡Cómo se entienden, a la luz de la eterna sabiduría, todos los planes de Dios en su Promesa...!

Y para que esta Alianza sea perpetua con la restauración de Cristo por su resurrección, Dios quiso quedarse con el hombre, pero glorioso: “Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos” en una Alianza de amor infinito.

Y esta Alianza consiste en que Dios y el hombre se han unido en la Persona del Verbo, tan infinitamente por parte de Dios, que ya Dios es Hombre y el Hombre es Dios. Pero, como el Verbo no se puede separar del Padre y del Espíritu Santo en su divinidad, Cristo, en su humanidad, tampoco se puede separar de los demás hombres desde el momento de la Encarnación, por lo que ya Cristo será siempre la Cabeza y nosotros los miembros, por lo que ya nosotros seremos siempre el Cuerpo Místico de Cristo, que es lo mismo que el Cuerpo Místico de Dios en Cristo Jesús. ¡Y ésta es la Promesa de la Nueva Alianza: La Trinidad, por Cristo, con el hombre, y el hombre, por Cristo, con la Trinidad!

Y ¿quién podrá separar a Cristo del Padre y del Espíritu Santo? El que pueda separar a Cristo de los hombres; porque Cristo es una cosa con el Padre y con el Espíritu Santo y es uno con todos los hombres; porque Cristo, por su divinidad, es Dios y, por su humanidad, es hombre. Y como Cristo no puede ser destruido, porque por su destrucción aparente surgió la resurrección

y la vida, Dios jamás podrá separarse del Hombre y el Hombre jamás podrá separarse de Dios.

¡Esta es la *locura* de la Promesa de Dios al hombre! ¡Esta es la *locura* de la Promesa de la Nueva Alianza! Promesa que no sólo no se puede romper, sino que tiene que ser perpetuada patentemente a través de los tiempos. Promesa y Alianza que tuvo un principio sin fin. Promesa del Hombre Dios que quiere estar con los hombres cuanto duren los siglos, con cada uno de ellos en todos y en cada uno de los momentos de sus vidas; y que quiere que todos y cada uno de los hombres se sientan injertados en Él y le tengan a Él palpablemente entre ellos, en todos y en cada uno de los momentos de su vida en los treinta y tres años que pasó en la tierra. Promesa de la Nueva Alianza que no es como nuestras promesas, que se quedan en palabras, sino que realiza lo que dice. Y, como Dios vive en un eterno Decir, según es se nos manifiesta, diciéndonos continuamente a todos y a cada uno de nosotros en nuestro tiempo, en nuestro modo, en nuestro estilo y en nuestras circunstancias; y, como su Palabra obra lo que dice, ese decírsenos es obrarse en nosotros, en cada uno de los momentos de nuestra vida. Por eso, el que ama a Dios observa su doctrina y Dios mora dentro de su corazón.

¡Qué hermosa es la ternura del Amor Infinito hacia el hombre! Cuando, en la noche de la Cena,

los Apóstoles, barruntando una próxima separación, están tristes, entonces la Promesa de la Nueva Alianza realiza su promesa de perpetuación entre nosotros estableciendo su compromiso eterno: “El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y Yo en él...” “Haced esto en memoria mía...”

En esta nueva promesa queda instituida la Eucaristía, por el sacrificio incruento, perpetuación de la vida, muerte y resurrección de Cristo; por lo que la Misa es la realización constante de la Promesa de la Nueva Alianza de Dios con el hombre. Y la Promesa de esta Nueva Alianza no sólo se cumple porque Cristo nos prometió estar con nosotros, sino que es una Promesa que encierra en sí la realización actualizada de la vida, muerte y resurrección de Cristo en cada uno de los momentos de nuestra existencia. Esa Promesa de la Nueva Alianza se nos perpetúa en la Misa y, de un modo misterioso, también en los demás sacramentos.

¿Qué es la Misa? Cristo viviendo con nosotros, en el ejercicio pleno de su sacerdocio, su Encarnación, vida, muerte y resurrección, diciéndonos su vida, comunicándonos sus dones, injertándonos en Él, perpetuando esa injercción y haciéndose Glorificador de Dios y Reparador de los pecados de los hombres; en una palabra: la Promesa de Dios hecha realización para todos y cada uno de los hombres, en todos los momentos de la vida de cada uno de ellos.

*La Iglesia es la Promesa
de la Nueva Alianza
entre los hombres*

Y para que esto fuera realidad palpable y viviente, para que la realidad existente entre Dios y el hombre fuera visible, visiblemente Dios se quedó con nosotros en la realización de su Promesa. Esta realización es su Iglesia, ya que la Iglesia no es más que la congregación, la perpetuación, la mantención de la unión de Dios con el hombre y del hombre con Dios.

La Iglesia es la que encierra en sí el misterio de esa unión, porque ella es en sí todo el Cuerpo Místico de Cristo, Cabeza y miembros. Y por ser la Cabeza y los miembros, la Iglesia es el Cristo Total, la que tiene la plenitud de la Divinidad y la que tiene todos los pecados de todos los hombres. Por eso es divina y humana; por eso está erguida y tirada en tierra, es Reina y es Señora, y es, con Jesús, “gusano que se arrastra y no hombre, el desecho de la plebe y la mofa de cuantos la contemplan”.

- ¿Qué es la Iglesia?
- El Pueblo de Dios con Dios, y Dios con su Pueblo.
- ¿Qué es la Iglesia?
- Cristo con el hombre y el hombre con Dios.
- ¿Qué es la Iglesia?
- El Cristo Total, Cabeza y miembros. Pero

el Cristo Total que tiene en sí al Padre y al Espíritu Santo viviendo su vida en la plenitud y en la claridad de su gloria, en la santidad de su majestad y en la infinitud de su perfección; y que tiene en sí a todos los hombres de todos los tiempos que han sido, que son y que serán, con la santidad de sus vidas o con la monstruosidad de sus pecados; que tiene en sí la plenitud de la divinidad en su Cabeza, y que tiene en sí la totalidad de los pecados de sus miembros...

– ¿Qué es la Iglesia?

– La Promesa de la Nueva Alianza entre los hombres; la realización de aquella promesa que Dios hizo al hombre y que los Santos Padres esperaban con ansiedad en los tiempos mesiánicos.

La Iglesia es con María aquella nueva Mujer que en el Antiguo Testamento aparecía refulgente de luz y que todos esperaban como salvación de su pueblo. Porque, al encerrar y ser en sí la perpetuación del misterio de la unión de Dios con el hombre, es también la que tiene entrañada en ella el principio y fundamento de la Promesa de Dios al hombre, que es la Encarnación. Y, por lo tanto, como la Encarnación se realizó y la Promesa fue hecha en el seno de María, la cual, por ser Madre de Cristo, no sólo lo es de la Cabeza sino de todos los miembros, y Madre que perpetúa su maternidad cuanto duren la Cabeza y los miembros, también la Iglesia tiene a María como Madre durante todos los tiempos.

Esta maternidad de la Virgen es tan plétórica,

que, cuando Dios hizo la Promesa de la Nueva Alianza, prometió que, así como por una mujer entró el pecado, por una Mujer entraría la Vida en el mundo. Y así, la maternidad de María en la Iglesia es tan grande como corresponde a la Promesa de la Nueva Alianza, porque fue a través de su maternidad como Dios hizo la Promesa, por quien la realizó, donde la realizó y, por lo tanto, desde donde se perpetúa.

Por lo que es María el Arca de la Nueva Alianza, la Puerta de la gran Jerusalén, Santuario de la divinidad, el Anfora preciosa repleta de Dios para saturar con la repletura de su llenura a cuantos vengan a vivir y a beber en la abundancia de los Infinitos Manantiales que en su seno se encierran. Siendo la extensibilidad de la maternidad de la Virgen tan perpetua como la Promesa de la Nueva Alianza; y mientras Dios sea Promesa para darse al hombre, María será maternidad por donde se nos da la Promesa de la Nueva Alianza.

Es tan grande esta maternidad de María, que, por la sublimidad de su misterio, Ella lo guardaba en el secreto de su corazón. La Virgen guardaba en el silencio el secreto de su maternidad, porque el silencio es el que guarda el secreto de los grandes misterios.

Así la Iglesia, perpetuación y manifestación perenne del misterio de Dios con los hombres y de los hombres con Dios en el seno de María y bajo el amparo y la manifestación de su maternidad, sufre y goza, reina y fracasa en un fracaso

aparente como el de Cristo, guardando y encerrando, como la Señora, en el silencio de la incomprensión, los grandes misterios de su vida y de su agonizar.

Los planes de Dios no son como los nuestros. Nosotros decimos una cosa que sólo dura un día, y cada día decimos una cosa por la limitación de nuestro ser y de nuestro obrar. Dios no. Su Promesa es un Dicho que obra lo que dice, y lo obra siendo lo que promete mientras dure la Promesa. Y como la Promesa es eterna, con un principio, pero sin fin, eterno es Cristo, eterna es la maternidad de María, eterna es la Iglesia, como eterna es la vida de Dios con el hombre y del hombre con Dios, del hombre que quiera acogerse a la Promesa por su injercción en Cristo, por su dependencia de la maternidad de María y por su incorporación de alguna manera a la Iglesia.

Y como el pensamiento de Dios no cambia, por eso la Iglesia siempre es la misma; y se perpetúa estable; y es sólo una, porque una es la Promesa de Dios y de un solo modo. Promesa que, aunque por parte de Dios siempre es la misma, por parte de la correspondencia del hombre, a veces parece que se tambalea en sus miembros, pero no en su Cabeza que es inmóvil, no en la maternidad de María que, al haber sido hecha Madre de Cristo, lo fue de todos sus miembros para siempre.

Por eso, el que quiera acogerse a la Promesa

de Dios no recibiendo la maternidad de María, no reconociendo a Cristo como es, o no aceptando a la Iglesia, está fuera de la Promesa, no es del Pueblo de la Nueva Alianza y difícilmente podrá ser reconocido por Pedro, que está a la puerta del cielo para que nadie que él no conozca entre al festín, que Dios, por la Promesa, prepara para aquellos que, abrazándose a todo su plan, sean reconocidos por el Príncipe de los Apóstoles: “A ti te doy las llaves del Reino de los cielos; lo que atares en la tierra quedará atado en el cielo”; promesa que la Palabra infinita de la Nueva Alianza hizo al pescador de Galilea, y que se perpetúa cuanto duren los tiempos en sus sucesores.

Cristo no sólo se queda invisible en la Promesa de la Nueva Alianza, en el sacrificio de la Misa, en los sacramentos, por medio de la liturgia, sino que se queda visible en el Papa para que el fundamento de nuestra fe no se tambalee y para que la Promesa de Dios se manifieste visiblemente a través de esa Cabeza visible de la Iglesia. [...]

La Iglesia es y encierra en sí la Promesa de la Nueva Alianza, siendo tan irrompible como esa misma Promesa y esa misma Alianza. ¿Quién podrá romper la Promesa de la Nueva Alianza si es Cristo Jesús, si es Dios mismo hecho Hombre? Pues sólo aquel que sea capaz de romper a Cristo, Cabeza y miembros, será capaz de quitar a la Iglesia la maternidad de María y de quitar al Papa como Supremo Pastor.

La Iglesia, divina y humana

¡Qué misterios encierra la Promesa de Dios a los hombres! Por eso la Iglesia es una; una en su Promesa, una en su principio, una en su Cabeza, “apoyada en el fundamento de los Apóstoles”, cobijada bajo la maternidad de María, divinizada por la santidad de su Cabeza y desfigurada por el pecado de sus miembros.

Y esta Iglesia tan divina, tan eterna, tan sencilla y tan señora, para la mirada de Dios siempre es la misma: inmutable, invencible, “fuerte como un ejército en batalla”, dispuesta a enloquecerle de amor. Sin embargo, a la mirada de los hombres, voluble e imperseverante según las épocas.

Unas veces aparece más su plenitud, su perfección, su santidad, su Cabeza, Cristo Jesús, morando en ella con el Padre y el Espíritu Santo y la perfección de sus santos. Entonces los que la contemplan la ven como la única solución de todos los problemas, como la llenura de las exigencias de todos los hombres y la plenitud de la perfección del mundo.

En otras épocas, los hombres, viendo solamente la parte humana de la Iglesia, no aperciben más que las imperfecciones y pecados de sus miembros, y entonces, a su pobre mente, que no es capaz de abarcar el misterio total de la Iglesia, Cabeza y miembros, ésta aparece afeada, envejecida, antigua, manchada, fracasada, y tal vez, ante la torcedura ofuscada por la tenebrez

de la soberbia, hasta llamada a la destrucción y a la desaparición. Y esto sucede a quienes, no conociendo a Dios, y, por lo tanto, no penetrando en la Promesa de la Nueva Alianza, no intuyendo su gran realidad, lo miran todo a lo humano, teniendo para ellos el mismo valor lo que dicen los hombres que el Dicho de Dios perpetuado a través de esta misma Iglesia.

¡Oh mente del hombre que quisiera volver a romper esta creación del Eterno!, ¡que quisiera escapar nuevamente de los brazos del Infinito!, ¡que quisiera la libertad que el primer hombre, roto a los pies del Creador, tenía!

¡Oh soberbia de la mente humana que, cuando se separa del pensamiento divino, lo atrofia todo con la pequeñez y ruindad de sus criterios! ¡Oh soberbia del hombre que no cuenta con que la Promesa de la Nueva Alianza es irrompible porque es el mismo Dios hecho Promesa!

¡Oh mente del hombre, yo hoy de ti me carcajeo, porque, aunque quieras, no puedes romper la Promesa de Dios, porque es Dios mismo; ni puedes escapar de sus manos porque eres uno con Él, y le has de glorificar eternamente en el sitio que tu voluntad te busque como rendimiento a la Promesa de Dios aceptada o rechazada; Promesa que ni la vida ni la muerte pueden romper, porque no está sometida al hombre voluble, sino que es hecha y realizada por el mismo Dios inmutable!

Y vuelvo al pensamiento de toda mi vida, al

enfoque de mi consagración, a la visión que Dios me mostró del cristianismo para yo darle sentido a mi existencia; el sentido que desde toda la eternidad, al crearme y después al restaurarme, Él quiso poner en mí: he de vivir mi injercción en Cristo, que me lleva a hacerme una cosa con el Padre y el Espíritu Santo, que me cobija bajo la maternidad de María, que me hace una cosa con Pedro y con todo el Colegio Apostólico, que me tiene injertada también con todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, y que me enseña a vivir de lo divino para dar sentido a todo lo humano.

Cuando, perdiendo la verdadera orientación de su cristianismo y el enfoque sobrenatural de la Promesa de Dios y de sus planes, el hombre, quedándose sin luz, lo mira todo a lo humano, entonces, obrando en consecuencia, va haciendo aparecer a la Iglesia cada vez más manchada, más hundida, más empobrecida y aparentemente sin sentido. Por eso los verdaderos hijos de Dios, los que viven de la Promesa de la Nueva Alianza sin desfigurarla, acogidos totalmente a ella con todas sus consecuencias, éstos son los únicos capaces de manifestar el verdadero rostro de la Iglesia.

Pero, como la Sabiduría se comunica a los limpios de corazón y se manifiesta a los sencillos a través de los sacramentos y en la intimidad del contacto con Dios, de ahí todo el empeño del demonio en separar a los cristianos de los sacramentos y del contacto íntimo con los eternos

misterios, para dejarles en la pobreza y en la oscuridad de su soberbia, que, rebelándose en contra de las promesas de Dios, intentará destruir el Cuerpo Místico de Cristo. Unos procederán con mala voluntad; otros, llevados, no del criterio divino, sino del humano; otros, arrastrados por las corrientes de los pensamientos ofuscados y alocados de los hombres.

Y así como, en el principio, el enemigo confundió al hombre para que se rebelara contra Dios y sus planes, así ahora procura, para conseguir el mismo fin, ofuscar nuevamente las inteligencias por medio de la soberbia, de la diversidad de criterios y de pensamientos, y hacer que los hombres apetezcan una libertad que, rebelándose en contra de los planes de Dios, de su pensamiento y de su Promesa eterna, les lleve a salirse de esos planes amorosos y, quedando fuera de la Promesa, se encuentren aún en peor situación que la del primer hombre.

Para realizar esto, procura por todos los medios apartar del contacto con Dios a la criatura creada por el Infinito esencialmente para poseerle; contacto que se nos da a través de los sacramentos y de nuestros ratos de oración, medios por los cuales el cristiano podrá vivir poniendo a Dios en su corazón durante todo el día en todas las circunstancias de su vida, orientándolas y enfocándolas según el pensamiento divino, que da sentido a todo el ser y actuar del hombre.

Y así, en la medida en que el enemigo va

quitando el pensamiento divino de la mente del hombre, la confusión y la impureza nos invaden –pues Dios manifiesta su secreto a los pequeños y a los limpios de corazón–, nuestras mentes se ofuscan, nuestro pensamiento se oscurece y, mirándolo todo a lo humano, no aceptamos los planes de Dios, haciendo cargar a la Iglesia, no sólo a su Cabeza, Cristo Jesús, sino a todos los miembros, con las consecuencias de nuestro “no” al Supremo Bien.

¡Torre fortificada e incommovible...!

De este modo la Iglesia, inmóvil e irrompible, hermosa y divinizada, aparece tambaleándose por la confusión de la diversidad de criterios, que, presentándola a los demás como no es, van disgregando el rebaño del Buen Pastor.

¡Pero no importa, que a la Iglesia no hay quien la toque ni quien la divida! Podrá separarse un grupo de miembros de su Cabeza, ¡pero nunca podrá hundirse la Iglesia, que es la Promesa de la Nueva Alianza, cimentada y perpetuada en Cristo, el cual es la unión de Dios con el hombre!

¡Oh misterio de la Nueva Alianza! Mi mente hoy se siente translimitada ante la profundidad de lo que vislumbra. Mi lengua balbucea por la impotencia de su expresión para descifrar lo que tengo en mi pecho. Mis fuerzas físicas se me agotan ante el martirio lento y torturante de no

poder decir a voz en grito, por todos los rincones del mundo y a todos los hombres de la tierra, el compendio apretado de la Promesa de Dios al hombre, que, habiéndole creado al principio para ser uno con Él y vivir de su vida en la compañía hogareña de su intimidad, por la Promesa de la Nueva Alianza, a este mismo hombre, le hizo hijo en el Hijo, teniendo por adopción lo que el mismo Hijo de Dios tiene por naturaleza.

Al principio fuimos creados para ser Dios por participación, para vivir con Él en intimidad, para ser hijos suyos por la manifestación que del Hijo teníamos en nosotros; ya que en el Hijo hemos sido creados, pues, al crearnos Dios mirándose en lo que a Él le hace ser Dios, nos hizo Dios por participación e hijos en el Hijo. Pero, mediante la Promesa de la Nueva Alianza, somos hijos en el Hijo no sólo por participación, sino por adopción, de forma que Cristo Jesús, en todo lo que es, es el Hijo del Padre por no tener más persona que la divina, y al estar todos nosotros injertados en Él y siendo miembros suyos con la unión que existe entre los miembros y la Cabeza, no es ya solamente una participación del Creador la que tenemos por ser criaturas racionales, sino que participamos también de la filiación del Verbo: “Que sean uno” conmigo, Padre, como Yo lo soy contigo, con la “gloria que Tú me diste” a mí como Unigénito tuyo y del modo que Yo la tengo como Hijo tuyo, “para que sean consumados en la Unidad”. “Que donde Yo estoy

estén éstos que me diste” en el cumplimiento de tu Promesa...

¡Oh Promesa de la Nueva Alianza que hace del hombre Dios, porque Dios se hace Hombre! ¡Oh misterio incomprensible para la mente humana! ¿Cómo podrá vislumbrar ésta lo que el hombre es por su injercción en Cristo frente a Dios y por la Promesa del mismo Dios al hombre?

Ahora entiendo aún más por qué la Iglesia es tan Señora, tan eterna, tan divina, tan incommovible, tan inderrumbable como una torre fortificada; por qué yo junto a ella me veo tan pequeñita aunque tan amparada. Ahora comprendo el silencio de Dios ante el aparente fracaso de la Iglesia; y por qué Dios no cambia ni se altera por el pensamiento o el actuar de los hombres: Él mira de lo alto y se ríe de “los pensamientos de los hombres”, porque “¡cuán vanos son!”

Y por eso, yo pequeñita, cuando la Iglesia me muestra su grandeza, con su triunfo disfruto, y cuando me muestra su aparente fracaso, con su tragedia me siento morir; porque soy tan pequeñita, que sólo puedo vivir lo que Dios, por partes, me muestra de ella, y así la voy viviendo y manifestando según me va siendo manifestada.

Por lo cual hoy, al mostrarme Dios a la Iglesia como cumplimiento de sus promesas y realización de sus planes, al mostrármela como la Promesa perpetuada de Él al hombre, en su realidad divina y humana, gozo con la inmutabilidad de mi Santa Madre, con su santidad, con su

fortaleza, con la plenitud de la divinidad que encierra; y sufro con la fragilidad de sus miembros, con los “no” de los hombres al Creador, con la deformación en que, a través de sus propias imperfecciones, la manifiestan. Gozo con el triunfo del Eterno por medio de su Promesa, y sufro con el fracaso del hombre que, no aceptando esa Promesa, puede perderle nuevamente para siempre.

Y, al ver cómo presentan a la Iglesia los que no viven bajo el pensamiento de Dios ni orientados por su Promesa, mi corazón se agita en mi pecho; pues, arrastradas por esa ráfaga de confusión, tal vez muchas almas sencillas lleguen a rebelarse o a oponerse, en alguna cosa, también al pensamiento divino que se nos manifiesta en la Iglesia por medio de Pedro.

Por lo que gimo con gemidos que son inenarrables, y como en el año 1962 repito: “Entre el vestíbulo y el altar lloren los sacerdotes y las vírgenes del Señor”, clame e implore todo aquel que se sienta Iglesia, para que los hijos de la Promesa no sean arrastrados por la confusión tras el vocerío inhumano de los que la abofetean, corriendo alocados bajo el impulso de falsos pastores que podrían llevarles a la destrucción, para ellos, de la Promesa de Dios al hombre.

Y por eso, con Cristo, con María, con la Iglesia y con el Papa, hay que clamar que, aunque estemos en medio del mundo, Dios nos libre del mal, para que no caigamos en la confusión.

*¡Gracias, Señor...! ¡Gracias
por tu Promesa cumplida!*

¡Gracias, Señor, de que tu Promesa sea cumplida, a pesar de la volubilidad de los hombres! Gracias de que Tú mismo te hayas hecho Promesa, de que Tú mismo seas la Alianza de Dios con el hombre, y de que Tú mismo estés en mí y yo en ti como el Padre y Tú estáis el uno en el otro en la unión del Espíritu Santo.

¡Gracias, Señor, de que sea el Espíritu Santo el mismo que te une a ti con el Padre en el abrazo eterno de su eterna Caridad y el que une al hombre contigo, para que, por el misterio de la Encarnación, sea uno en ti en su mismo abrazo, en su mismo fuego, en su mismo ímpetu infinito y en la misma unión con que el Padre y Tú os unís!

¡Y gracias de que todo esto se realice en el seno de María, para que su Maternidad divina me comunique con corazón de Madre la Promesa del misterio de la Nueva Alianza que en Ella se nos da...!

¡Gracias, Señor, por tu Promesa cumplida en la Iglesia! ¡Gracias de que yo sea Iglesia, y, por lo tanto, hija de tu Promesa! ¡Y gracias, Señor, de que tu Promesa sea cumplida en mí...!

¡Gracias porque hay muchos miembros en tu Iglesia que se acogen a tu Alianza! Y gracias, Señor, porque, al final de los tiempos, Tú mismo en persona vendrás a recoger a los hijos de la

Nueva Alianza que voluntaria y libremente quieran acogerse a tu Promesa!

Mi espíritu hoy está terriblemente apretado por la contención profunda del misterio que descubro; y por más esfuerzos que he hecho, al querer exponer lo que mi ser concibe de la inmensidad, anchura y largura de la donación de Dios al hombre, no he podido dar forma a la filigrana de amor que la magnitud de su plan ha realizado en comunicación para con la criatura.

Quiero acabar y no puedo, porque, a pesar de haber dicho lo que he dicho, tengo dentro de mí un lamento que me dice: ¿Cómo voy a acabar sin haber manifestado lo que tengo que decir? ¿Cómo voy a introducirme nuevamente en el silencio sin expresar mi secreto? ¿Cómo, después de haber abierto mis cerrojos, voy a cerrar nuevamente sus puertas, sin sacar todo el manantial como infinito que en mi pecho se encierra? ¿Cómo podré contener el lagrimear de la Iglesia en mis adentros, sin que chorree el néctar abrasador de sus perfumes por las cavernas de mi pecho, sin destilar hacia fuera su aroma? ¿Cómo podré contener lo incontenible, decir lo indecible, explicar lo inexplicable...? Y ¿cómo podré no decirlo si lo tengo y soy Iglesia para cantar sus infinitas riquezas?

Por eso, ante la imposibilidad de descubrir la hondura trascendente del misterio que encierro, mi alma volverá al silencio, cerrará las puertas de sus cavernas, oprimirá el gemido de su co-

razón, ahogará el hálito de su boca, y esperará. ¡Esperará “contra toda esperanza”! en la promesa que Dios, por ser Iglesia, también le hizo para la Iglesia; y que, por no ser recibida por los miembros de esta Santa Madre, se siente oprimida y como aprensada, en espera, día tras día, noche tras noche, del cumplimiento de la promesa de Dios sobre ella y, por ella, en la Iglesia.

¡Gracias, Señor...! ¡Gracias, Señor, por no poder decir lo que encierro, y así tener alguna manera de poder ofrecer lo más que pudiera tener en mi vida porque la Promesa de Dios sea cumplida totalmente en la Iglesia!